

mente humano, a quien como mandatario se le atribuyó el defecto de ser demasiado indulgente y como particular el de su excesivo altruismo, que fue la causa de que terminara su vida en lucha con la pobreza.

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

(De *Revista de los Archivos Nacionales*, San José de Costa Rica, setiembre y octubre de 1937).

**Cleto González Víquez** ha muerto en San José, a la edad de 79 años.

Fue un historiador, un jurisconsulto y un político.

En filosofía no tuvo ideas bien definidas. Esto le faltó para ser un estadista.

Su temperamento patriarcal lo inclinó hacia el socialismo. Un socialismo neto, pero moderado, que se manifiesta en toda su larga actuación en el Municipio, en diversas Juntas de Beneficencia, en la Cámara de Diputados y en la Presidencia de la República, que ejerció en dos periodos alternos normales. Su ideal era el del Estado-Providencia. Completemos la frase: Providencia indulgente. Sólo consigo mismo fue severo.

En la vida pública y en la privada supo ser constantemente distinguido, correcto, afable.

No fue demagogo.

Como gobernante, encabeza la lista de los mandatarios que han respetado en Costa Rica las libertades esenciales: Cleto González Víquez, Ricardo Jiménez, Carlos Durán, Francisco Aguilar Barquero, Julio Acosta. No estar expuesto a los bastonazos, a la prisión o a la muerte, esto es lo esencial, dicho con palabras de Andrés Tardieu.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

(De *Apuntes*, San José de Costa Rica, 30 de setiembre de 1937).

Ni sobre su ciencia jurídica vasta y sólida y empleada más en solucionar conflictos que en alentarlos; ni sobre su cultura de carácter universal; ni sobre su preparación en las distintas materias del gobierno; ni sobre su labor literaria que reflejaba su frecuente contacto con los clásicos; ni de su obra administrativa numerosa y orientada por un grande amor a su país; ni de sus valiosas investigaciones históricas, que revelan cómo ese amor no se quedó en el presente sino que fué hasta el tronco y la raíz de nuestra nacionalidad; ni de su conversación amena, decorada con gracia por la anécdota o por el rasgo espiritual, o resplandeciente de sabiduría; ni de su finura llana, propia para una galantería como para persuadir a un juez; de nada de eso cabe escribir al lamentar la muerte de don Cleto, pues todo quedará para estudios detenidos de su múltiple, noble y luminosa personalidad.

Ahora ha de señalarse únicamente su relieve como valor humano y cívico, para declarar todos los costarricenses de consuno que ha caído el más grande de los ciudadanos que ha producido la República desde que es. Porque ninguno

le ha servido ni con más constancia, ni con más eficiencia, ni durante más largo tiempo, ni con mayor desprendimiento, que él; ni ninguno ha pesado tanto en la formación de la estructura de nuestro régimen liberal. Estar en el Poder fue para él un accidente en la línea no interrumpida de servicios a la sociedad costarricense que abarca más de medio siglo, ya que cuando bajó a la llanura emprendió su trabajo ordinario con sencillez singular, mas estuvo listo siempre a dar su esfuerzo y sus luces a su Patria, gratuitamente, como en cumplimiento de un deber imperativo, ya en organismos locales, ya en establecimientos de beneficencia, ya en asociaciones de cultura, y por encima de tanto quehacer que asumía con devoción pura, llegando a tiempo a todas partes y sin caminar de prisa nunca, gracias al método de su vida prolífica, su consejo estaba a mano de todos los que lo solicitaran, así para problemas de intereses como para las más nimias dificultades domésticas. Toda ola de pasión halló serena y firme esta playa para romper su bravura en sus arenas y convertirse en la espuma de una sonrisa plácida. Generoso como nadie, trabajó muchísimo—hasta en sus últimos días, pues murió en la trinchera, como habría dicho su gran amigo el Dr. Durán—ganó mucho y todo lo dió. Fue una fuente cuyo caudal no logró reunirse, porque apenas brotado lo absorbía su infinita piedad por el prójimo. Toda la enorme riqueza de su cerebro fue derramada para colmar las ansias de su corazón.

Y en el orden ciudadano, pensemos en que fue el verdadero fundador de nuestra democracia, de nuestras libertades, de nuestra civilidad. Entró al Poder so-

bre ascuas y pronto su sagacidad, su ecuanimidad, apagaron todo ardor, porque creyó como el poeta que «la virtud está en ser tranquilo y fuerte». A nada temió nunca. Le vimos alguna vez cerca de las balas, erguido, firme, mas sin posturas torpes. Se creía inmune porque no era malvado, porque no había hecho daño a nadie, porque confiaba en la bondad de los costarricenses, y así le vimos andar sin recelos por todas partes—Jefe o simple particular—solo o con un amigo civil, sin acompañamiento ostentoso o guardias imponentes. Padeció dolores profundos y no fue el menor el recibir dardos de aquellos a quienes más quería y ayudara, que más obligados estaban a conocerle como bueno y a respetarlo; mas nunca se quejó ni guardó rencor alguno. Cuantas veces el adversario fué a él, le halló risueño y amable, dispuesto a servirle, olvidado de las punzadas, superior a todo mal. Esto que era notorio, alentó con frecuencia la crueldad ajena, pues se sabía que nada cobraba y todo lo perdonaba. ¡Qué grande hombre sería, cuando sus enemigos le señalaron como único defecto, que tenía buen corazón! Lo que más lo caracteriza como gobernante, fue su tolerancia a la crítica. Jamás trató de atar la palabra de los costarricenses y dió humildemente—sin crudezas—razón de cada uno de sus actos, seguro como Martí, de que la crítica es el oxígeno de toda democracia. Este hábito de la crítica, válvula de escape de muchas pasiones que si se oprimen pudieran estallar, fue él quien lo creó, quien lo estimuló, quien lo dejó arraigado reciamente en nuestra vida política en forma que ya no es posible desterrarlo ni menguarlo, dando a Costa Rica la nota peculiar que la distingue y honra en todo el Continente. Por él viviremos en perenne crítica; mas gracias a él, por dura que sea la palabra, será ésta el único medio de lucha ciudadana entre los costarricenses. Por eso, por creador de nuestra vida civil, de nuestra paz, vivirá—como perdurará en sus escritos de forma galana y fecunda enseñanza,—en el corazón de las generaciones presentes y futuras, ya que dió el conjuro eficaz para todas las tempestades y el resorte flexible para que nuestro pueblo evolucione sin trastornos ni quebrantos a estados superiores de civilización.

RICARDO FOURNIER QUIRÓS

(De *Diario de Costa Rica*, San José, 28 Set. 37).

De los costarricenses entendidos que han estimado este semanario, don Cleto fue uno de los pocos. En parte, porque le tenía buena voluntad al editor; en parte, porque quiso, como abonado, ayudar a una agencia de cultura y opinión que consideraba honrosa para Costa Rica; y en parte, por la curiosidad y amplitud de su inteligencia, abierta a los cuatro vientos del Espíritu. No asustaban a don Cleto las ideas; ni en su casa, ni en su bufete, ni en la silla presidencial. Con ello dió a sus conciudadanos un noble ejemplo de cultura, de comprensión y de tolerancia. Por lo mismo, nos dolió de veras que uno de sus Secretarios lo in-

## Plumarios y dictadorzuelos

*Cain se vendía en Caracas; gozaba de mucha popularidad y fue la excepción de una época y es uno de los mayores orgullos de mi vida: era algo puro, nuevo, fuerte, sincero, frente a la ola politiquera y acomodaticia en que flotaban los «intelectuales» de entonces. . . Todo consistía en «echarle» un discurso a Castro o publicar un artículo en *El Constitucional*, bajo el patrocinio de Gumersindo Rivas. De allí se iba para un consulado o para un puesto cualquiera. Era la escuela, el sistema. Los hombres de pluma de Venezuela, con muy raras excepciones, son el estado mayor de la desvergüenza; carecen de ánimo, de concepto exacto, de respeto propio, de dignidad. El beso que el Espíritu Santo puso sobre sus frentes se lo hacen borrar a puntapiés por cuanto patán enfurecido se sienta en la curul de Miraflores. Es una enfermedad; es una maldición. Quieren figurar a toda costa, como esas obreritas que cambian su sitio en el obrador por dormir en camas de alquiler. Y se hacen la ilusión de que pertenecen todavía a la clase obrera. Así estos desdichados escriben a veces cosas doctrinarias.*

(De José Rafael Pocaterra, en el Cap. IV del tomo I de las *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Editorial *Elite*, Caracas, 1937).